

CAPÍTULO XXVII

MAYORES SOMBRAS

Despertado al alba, como una alondra, se levantó en seguida mister Carker y salió á tomar el aire del campo. Meditaba, sin duda alguna; se le conocía en el ceño fruncido; pero también se comprendía que aquellas meditaciones no correspondían al vuelo de la alondra; por el contrario, lejos de elevarse como el ave, parecían rastrear la tierra, entre polvo y gusanos. Mas no por eso dejaban de ser los pensamientos de mister Carker invisibles á la vista humana, lo mismo que la avecilla cantora perdida de vista entre las nubes. Con tal habilidad disimulaba sus preocupaciones, que su expresión era sonriente ó á lo más reflexiva, sin pasar en ningún momento de este límite. En el instante en que le estamos viendo reflexiona con gran intensidad. Cuanto más se va elevando el ave más va bajando Carker al abismo de sus pensamientos. Cuanto más viva y penetrante es la melodía del ave, mayor parece la silenciosa gravedad de Carker.

Por último, cuando imitando en su piar el murmullo del arroyuelo entre las piedras, bajó la alondra en vuelo rápido á ocultarse en el campo de trigo, Carker

sobresaltado se despertó de su meditación, miró en derredor suyo, afable y sonriente como quien trata de agradar á cuantos le contemplan. No volvió á sumirse en reflexión, luego de despertado; lejos de esto, esclareció su rostro cuanto pudo, no sólo para no perder la costumbre de sonreirse sino también para disimular su estado de ánimo.

La impresión que aquella mañana producía Carker era la de estar muy cuidadosamente vestido. Algo de ceremonioso había siempre en su manera de vestir, sin duda á imitación del gran personaje á quien servía; pero no llegaba en ningún caso á la rigidez de mister Dombey, tanto porque la consideraba ridícula como por guardar cierta distancia entre él y su principal. No faltaban quienes suponían que con aquella manera de vestir y aquellas maneras estaba mister Carker muy lejos de querer lisonjear á mister Dombey, pues lo hacía nada más que por maliciosa é intencionada imitación; pero ya es sabido que hay mucha gente mal pensada y no es cosa de hacer responsable á mister Carker de tan gratuitas suposiciones.

Bien vestido y con su correspondiente flor en el ojal, la tez sonrosada, algo maltratada por el sol que no respeta nada, iba mister Carker cruzando el campo á través de senderos. Por último se acogió á una arboleda donde estuvo paseando hasta la hora del almuerzo. Tomó entonces un camino mucho más corto y emprendió el regreso diciendo alegremente y para sus adentros: « ¡ vamos á ver ahora esa señora, mistress Dombey segunda ! »

El paseo por donde volvía mister Carker era una hermosa alameda, con bancos á derecha é izquierda. Sobre que no era un sitio concurrido, á la hora en que pasaba mister Carker aún lo estaba menos; no había

nadie. Carker, por consiguiente, seguía su marcha con la mayor despreocupación y sin prisa, pues tenía veinte minutos para llegar al punto de reunión.

Sin embargo, Carker se equivocaba al creerse solo en la alameda. Pronto se enteró de su error al ver que en un banco, medio oculto detrás de un árbol grande, se hallaba una señora.

Era una joven elegante y apuesta, de grandes ojos negros y que parecía preocupada é inquieta. Tenía la vista fija en el suelo, se mordía los labios, parecía que se le saltaban las lágrimas y que respiraba con esfuerzo al mismo tiempo que con un movimiento de ira apoyaba los pies y se levantaba con viveza. Carker vió todo esto y cómo después de puesta en pie aquella joven lady echó á andar desdenosa.

Otra persona se veía también en la alameda observando, lo mismo que Carker, á la señora en cuestión: era esta persona una mujer vieja y harapienta, tal vez una gitana, tal vez una vagabunda de las que recorren al país mendigando, robando, componiendo calderos ó tejiendo cestas, por turno. Cuando la vieja vió que se marchaba la señora, se precipitó para salirla al paso y atajándola se la puso delante diciéndola:

— Mi linda señora ¿quiere usted que le diga la buena ventura?

La vieja movía las mandíbulas al hablar como si la calavera que llevaba todavía cubierta con pellejo arrugado tuviese impaciencia de mostrarse al desnudo.

— Déjeme que se la diga, señorita — repitió la vieja.

— Me la puedo decir yo misma — contestó la señora.

— Oh, oh, señorita, no lo puede usted hacer bien. No se la decía usted bien hace un momento. Deme usted una moneda de plata, señorita, y diré á usted su verdadera buenaventura. En su cara se está leyendo la riqueza.

— Ya lo sé — contestó la señora sin detenerse y con ademán altanero — lo sé sin que usted me lo diga.

— ¿ Y no quiere usted darme nada? — exclamó la vieja. — ¿ No quiere usted darme nada porque le diga la buenaventura? ¿ Cuánto me dará usted porque no se la diga? Deme usted algo ó se la digo á voces — clamó la vieja amenazando.

En aquel momento pasaban la señora y su seguidora muy cerca de Carker, á quien no habían visto. Carker salió al paso, se quitó el sombrero cortésmente ante la joven lady y ordenó á la vieja que se retirase y dejara en paz á aquella señora. La elegante lady dió gracias al desconocido con una inclinación de cabeza y siguió su camino.

— Pues usted es quien va á darme algo ó si no gritaré la buenaventura de esta señora aunque se vaya — dijo la vieja empujando el brazo de Carker que la detenía. Pero de pronto se quedó mirando á la cara de Carker y cambiando de tono añadió. — Es usted quien va á darme algo ó se la digo, á usted.

— ¿ A mí? — repuso Carker al mismo tiempo que llevaba la mano al bolsillo.

— Sí — contestó la vieja clavando sus ojos en Carker y tendiendo su descarnada mano. — Yo la sé.

— ¿ Y qué es lo que usted sabe? — preguntó Carker arrojándola un shilling. — ¿ Sabe usted quién es esta señora?

Recogió la mujer el shilling y mascullando ininte-

ligibles palabras fué andando hacia atrás como un cára-bó, ó, por mejor decir, como una porción de cára-bos, pues sus manos extendidas y contraídas alternativamente, representaban dos cára-bos, su rugosa cara una media docena de estos bichos. Acurrucada al pie de un árbol se quitó el gorro, sacó de él un pedazo de pipa, encendió una cerilla y se puso á fumar en silencio mirando fijamente á Carker. Éste se echó á reir y dando media vuelta se apartó de la vieja para proseguir su camino. Entonces la espantable mujer exclamó :

— Criatura muerta, criatura viva, mujer que se fué, mujer que viene. ¡ Anda á buscarla!

A pesar suyo Carker se paró y miró en torno. La vieja que seguía con la pipa en la boca, mascullando como si conversara con algún invisible demonio, señaló con el dedo el camino que Carker había emprendido y en el que se había parado.

— ¿ Qué dice usted, bruja?— exclamó Carker.

La vieja soltó una carcajada y siguió señalando con el índice el camino, silenciosa y sin alterar su semblante. Mister Carker no hizo más caso de la vieja y volvió á su marcha en la dirección que había emprendido. Sin embargo, cuando ya estaba lejos tornó á mirar y vió á la vieja que aun le señalaba con el dedo y parecía gritarle « ¡ anda á buscarla! »

Preparado para la comida estaba ya todo cuando llegó Carker al hotel; la mesa elegantemente puesta, mister Dombey y el comandante esperaban á las señoras invitadas. Es indudable que cabe esperar de muy distintos modos, según el temperamento y el carácter; pero en el caso de mister Dombey y de su amigo, el apetito era muy superior á toda clase de pasiones. Mister Dombey permanecía reservado y co-

recto, pero el comandante botaba de impaciencia. Por fin abrió la puerta el negro y después de los minutos necesarios para que una persona de lento y majestuoso andar recorriera el pasillo, apareció una señora muy compuesta, sin duda, pero también sin duda alguna vieja.

— Mi querido señor Dombey — dijo aquella señora entrando, — temo que nos hayamos atrasado, pero es que Edith salió á tomar un apunte de paisaje y he estado esperando. Y usted, falsísimo comandante, ¿ cómo está? — añadió la señora alargando á su interlocutor no la mano sino sencillamente un dedo.

— Mistress Skewton — dijo Dombey — permitame complazca á mi amigo Carker — y mister Dombey sin darse cuenta de ello pronunció la palabra « amigo » con un énfasis que dejaba entender « no es propiamente un amigo, pero yo le favorezco dándole este título » — presentándole á usted; ya creo que me ha oído usted hablar de él.

— Tengo mucho gusto... contestó amablemente mister Skewton.

También tenía mucho gusto mister Carker, por supuesto. Aunque más lo hubiera tenido si esta señora hubiera sido, como en el primer momento pensó, la Edith á cuya salud habían brindado la víspera.

— ¡ Pero dónde estará Edith, Dios mío! — exclamó mister Skewton mirando en derredor de la sala; — la he dejado á la puerta dando instrucciones al criado respecto á los dibujos. ¿ Tendría usted la bondad, señor Dombey...

Ya se había marchado mister Dombey en busca de Edith. Un momento después entraba dando el brazo á la elegante lady que Carker había hallado en el paseo.

— Carker, — dijo mister Dombey — empezando una frase. Pero no la acabó porque Edith y Carker dieron tales muestras de conocerse que Dombey se quedó parado.

— Debo á este caballero — dijo Edith con una reverencia — el favor de haber me librado de una mendiga absolutamente inoportuna hace un momento.

— Debo yo esa feliz casualidad á mi buena suerte — repuso Carker — y me satisface sobremanera el haber prestado servicio, aunque haya sido insignificante.

La mirada de Edith á Carker en aquel momento parecía indicar su sospecha de que antes de tropezar con la vieja él había acechado; y la mirada de Carker á Edith parecía responder que en efecto la sospecha era justa.

— Verdaderamente — dijo mistress Skewton que ya había examinado á Carker mirándole con los lentes y estaba satisfecha (como se lo había dicho al comandante en voz baja) al comprender que era un hombre de gran corazón, — verdaderamente me encantan estas coincidencias: ¡Admirable! Querida Edith; no vemos aquí la mano del Destino y no es cosa de cruzar las manos sobre el pecho y exclamar con los moros. « No hay... cómo se dice eso... no hay más no sé qué que Fulano y Zutano es su profeta! »

Edith no tuvo á bien revisar aquella extraordinaria citación del Corán, pero mister Dombey creyó necesarias algunas atentas observaciones.

— Me es muy grato saber — dijo Dombey con galantería forzada — que una persona tan unida á mí como el señor Carker ha tenido el honor y la suerte de servir, aunque haya sido pequeño el servicio, á mistress Granger — y mister Dombey se inclinó ante

ella, — pero en realidad debo decir que me causa envidia el señor Carker — y como si esto de envidia necesitase alguna explicación para que no se confundiera con algún otro concepto, mister Dombey añadió — envidia de no haber sido yo quien mereciera dicho honor y tuviera esa suerte. Mister Dombey se inclinó nuevamente y Edith se sonrió de modo apenas perceptible.

— ¡Por Dios, señor! — exclamó el comandante sintiéndose con elocuencia al ver al criado que entraba para anunciar que el almuerzo estaba servido — me parece realmente extraordinario que las autoridades no tengan el honor y la suerte de fusilar á toda esa canallería mendicante. Entretanto, he aquí mi brazo, mistress Granger, si quiere usted hacer á J. B. el honor de aceptarlo: el mayor servicio que Pepe puede prestar á usted en este momento es el de conducirla á la mesa.

Con esto dió el brazo á Edith: mister Dombey se lo dió á mistress Skewton y Carker echó á andar detrás sonriendo afablemente.

— Me complace mucho, señor Carker — dijo la señora madre conversando en la mesa y luego de haber examinado otra vez á Carker á través de los lentes — me complace mucho que haya coincidido la visita de usted con nuestro paseo de hoy. Es una excursión encantadora.

— En tan grata compañía todas las excursiones son encantadoras — repuso Carker; — pero según entiendo, el paseo de hoy presenta verdadero interés.

— ¡Oh! — exclamó mistress Skewton con artificiosa expresión de júbilo — el castillo es verdaderamente deleitoso, una reunión de la Edad Media con multitud de cosas... de cosas exquisitas. ¿No tiene

usted cariño á la Edad Media, señor Carker?

— ¡Cómo no, señora! Muchísimo — contestó Carker.

— ¡Qué tiempos aquellos! ¿Verdad? — añadió mistress Skewton. Tan nutridos de fe, tan vigorosos y constantes, tan pintorescos además y tan alejados de todo lo común y vulgar... ¡Oh, señor! si al menos conserváramos hoy un poquito de poesía, que embelleciera nuestra horrible existencia!

Mientras decía esto mistress Skewton no quitaba la vista de mister Dombey, quien á su vez miraba á Edith: ésta ni decía una palabra ni alzaba la vista para fijarse en alguien ó en alguna cosa.

— Somos exageradamente realistas ¿no es verdad, señor Carker? — dijo mistress Skewton.

Pocas personas podían quejarse de la imposición de lo real con menos motivos que Cleopatra, pues la abundancia de lo falso en ella era tal, que casi había borrado toda realidad en su vida. Sin embargo, mister Carker abundó en el parecer de su interlocutora y se compadeció con ella de la falsedad propia de estos tiempos.

— ¡Y qué pinturas en el castillo! Son divinas — dijo Cleopatra. — Estoy segura de que le gusta á usted la pintura.

— Puede usted asegurarlo, señora — observó mister Dombey como encareciendo solemnemente los méritos de su empleado; — Carker tiene verdadero gusto por la pintura; es gran conocedor, entiende mucho en materia de cuadros. Él mismo es artista de mérito. No tengo duda de que apreciará en alto grado el talento pictórico de mistress Granger.

— ¡Diablo! — exclamó el comandante. — Para mí usted es el admirable Carker, capaz de hacerlo todo.

— ¡Oh, no! — repuso Carker sonriente y con voz humilde. — Va usted muy lejos, comandante. Yo soy capaz de pocas cosas. Lo que ocurre es que mister Dombey es altamente generoso en la apreciación de mis capacidades, que no tienen nada de particular, que constituyen una vulgaridad de adquisición indispensable en personas de mi categoría; la esfera propia de mister Dombey está de tal manera elevada que...

Mister Carker no terminó la frase; se encogió de hombros como diciendo «¿para qué hablar más?»

Edith no levantó en todo este tiempo la vista más que para lanzar alguna rápida mirada á su madre cuando ésta expresaba su ardiente ingenio con abundancia de palabras. Pero cuando Carker concluyó su lisonja, Edith se fijó en mister Dombey un momento. No fué más que un momento, pero bastó para dar á su rostro una gran expresión de sorpresa y desdén.

Mister Dombey no advirtió la expresión; pero sí sorprendió la mirada.

— ¿Ha ido usted muchas veces á Warwick? — preguntó mister Dombey.

— Varias veces — contestó Edith.

— En este caso temo que la visita de esta tarde se le haga á usted fastidiosa y pesada — dijo Dombey.

— Nada de eso — repuso Edith.

— Ah, eres como tu primo Feenix, querida Edith — dijo mistress Skewton; — lo menos ha ido á Warwick sus cincuenta veces. Y sin embargo, estoy segura de que si viniese mañana á Leamington — ¡y cuánto me alegraría verle! — haría su visita número cincuenta y uno al día siguiente.

— ¡Qué entusiastas somos! ¿No es verdad, mamá? — dijo Edith con sonrisa irónica.

— Mucho, demasiado tal vez para lo que importaría á nuestro sosiego — contestó la madre. — Pero no nos quejemos. Las emociones son nuestra recompensa. Si, como tu primo Feenix dice, la espada desgasta la... ¿cómo se dice eso?

— La vaina, supongo — dijo Edith.

— Exactamente: desgasta la vaina un poco aprisa, es porque brilla y resplandece.

Mistress Skewton suspiró levemente, como para empañar el brillo de aquella hoja envainada en su corazón, y quedóse mirando tiernamente á su hija, inclinada la cabeza hacia un hombro, en su actitud de Cleopatra.

Edith había vuelto el rostro hacia Dombey, al dirigirla éste la palabra, y esta posición continuaba, como si aún estuviese escuchándole, en tanto que su madre hablaba. En aquella postura de Edith podía verse una manifestación de cortesía; pero también había como un reto, como si comprendiendo que era una mercancía expuesta al comprador, desafiara á éste á tomarla. El observador de la eterna sonrisa bien se hizo cargo de lo que presenciaba, recordando la impresión que había tenido en la alameda.

No teniendo más que decir mister Dombey, propuso — acabado el almuerzo y repleto ya el comandante como una boa — emprender en seguida la marcha. Un carruaje descubierto esperaba, según las órdenes de mister Dombey. Las dos señoras, el comandante y Dombey, tomaron asiento en el interior. Mister Carker dió escolta á caballo, y en esta disposición se dirigieron al castillo.

En todo el trayecto no perdió de vista mister Carker á las cuatro personas del coche: era como un gato en acecho de los ratones cogidos dentro de la

ratonera. Por mucho que mirase á uno y otro lado del camino, la campiña, los cerros, los molinos de viento, el trigo, la hierba, las flores silvestres, las pilas de haces, los campanarios sobresaliendo entre los árboles; por mucho que en derredor de su cabeza revoloteasen, bañándose en el sol, las mariposas; por más que le llamaran la atención el canto de los pájaros, la sombra de las ramas que tapizaba el suelo como una alfombra movediza, los árboles que formaban misteriosas bóvedas de follaje; como quiera que hiciese, nunca se le escapaban de su campo visual la cabeza de Dombey y las plumas que en el sombrero de Edith se movían de una manera indiferente ú orgullosa. Una vez, una vez nada más, apartó Carker su atención de estos objetos, y fué cuando, saltando por encima de una valla y atravesando por un campo á la carrera, se adelantó al carruaje, que no salía del camino, situándose en el término del paseo para esperar al coche y ofrecer su mano, para bajar, á las señoras. Entonces, y nada más que entonces, vió Carker en el rostro de Edith expresión de sorpresa; pero cuando tendió su suave y blanca mano, advirtió Carker que aquel rostro había vuelto á su expresión indiferente.

Mistress Skewton decidió tomar á su cargo el enseñar á Carker las curiosidades del castillo. Con esta determinación se cogió á su brazo; pero también cogió por la otra mano el brazo de Bagstock: procedimiento encaminado, según ella, á remediar la carencia de sentimiento poético en aquel infiel. Con esta feliz combinación quedaba mister Dombey en libertad de acompañar á Edith; con ella echó á andar solememente delante de los otros.

— Lejos están ya aquellos tiempos, señor Carker

— dijo Cleopatra — de las deliciosas fortalezas, los bellos torreones, los deleitosos patios de tortura; aquellos románticos tiempos de venganzas, de asedios y de pintorescos asaltos, de todo aquello, en fin, que contribuye al encanto y al atractivo de la vida. ¡Cuán degenerados estamos!

— Si — contestó Carker; — lo estamos de una manera deplorable.

Lo peculiar de aquella conversación era que mistress Skewton, á pesar de sus éxtasis, y mister Carker, á pesar de sus urbanidades, solo pensaban en vigilar á Edith y á Dombey. Así, su habilidad de conversadores no lucía, y más bien hablaban á tontas y á locas ó no decían nada.

— Positivamente, carecemos de fe — dijo mistress Skewton alargando de medio lado el cuello para coger alguna palabra de las que Dombey estaba diciendo á Edith en aquel instante. — Ya hemos perdido aquellos días venturosos de los viejos barones, que eran admirables; aquellos viejos sacerdotes, que eran grandes guerreros; de aquella inestimable Reina Bess (1), que en esta pared vemos tan hermosamente retratada. ¡Adorable criatura! Ésta sí que era todo corazón. Pues ¿y su encantador padre? Estoy segura de que se halla usted encariñado con Enrique VIII.

— Le admiro muchísimo — dijo Carker.

— Vaya un hombre ¿eh? Eso es lo que se llama un inglés — dijo mistress Skewton: franco, rudo.

(1) *Bess*, lo mismo que Bessy, Bessey, es diminutivo de Elizabeth, Isabel, *Isabelita*. Alude el texto á la famosa « Isabel de Inglaterra », la hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la que hizo decapitar á María Estuardo y al conde de Essex.

Aquí tenemos su retrato, con sus ojitos entornados y su benevolente barbilla.

— ¡ Ah, señora! — exclamó Carker deteniéndose; — puesto que habla usted de pinturas, vea usted ese cuadro. ¿Qué galería del mundo puede tener otro semejante?

Diciendo esto, el caballero sonriente señaló á mister Dombey y Edith, que estaban en medio de un salón, destacándose dentro del marco de la puerta, por donde los veían.

Ni Dombey ni Edith hablaban una sola palabra, ni cruzaban una sola mirada. Cogidos del brazo se encontraban, y más bien parecían separados por el mar. Pero había una diferencia en la altivez de ambos, y era que él, pagado de sí mismo, aparecía rígido, ceremonioso, austero, y ella, graciosa y seductora en alto grado, no hacía caso de sus valiosos atractivos; más bien parecía menospreciarlos con sentimiento de orgullo, que se manifestaba en el arqueado de sus cejas y el pliegue de sus labios. Tan mal armonizaban uno y otro, tan violenta y contraria á lo natural parecía su unión, que los personajes de los cuadros colgados en aquellas paredes los miraban con verdadero asombro. Los unos, hombres de armas é hidalgos de severa faz, tornaban hacia ellos sus airados ojos; un clérigo, con las manos levantadas al cielo, denunciaba ante Dios el sacrilegio y el sarcasmo de una unión semejante. Las tranquilas aguas que reflejaban en su serena superficie los rayos del sol de los paisajes, parecían preguntarse si no había un camino por donde escapar lejos de aquel paraje. Las ruinas exclamaban: « Ved aquí, mirad lo que somos, nosotras, las mal avenidas con el Tiempo ». Animales, por la naturaleza opuestos, se

desgarraban mutuamente como enseñanza aprovechable. Cupidos y amorcillos se desbandaban asustados, y en las pinturas de martirios los martirizados se admiraban de que no se les hubiera ocurrido tal suplicio.

Mistress Skewton, sin embargo, quedó tan encantada de aquel cuadro, señalado por Carker, que no pudo menos de exclamar en voz alta, cuán dulce, cuán gratisimo era aquello. Edith lo oyó, miró en derredor y se puso colorada de indignación.

— Mi querida Edith conoce que estaba admirándola — dijo Cleopatra, dando tímidamente con el mango de su sombrilla en la espalda de su hija. — ¡Niña mimada!

Otra vez vió mister Carker en aquella mujer la lucha de que había sido testigo en la alameda. Otra vez vió cómo la indiferencia y la altivez cubrían aquella impulsión con su manto de nubes.

No fijó Edith los ojos, pero sí dirigió una mirada rápida á su madre; mistress Skewton se dió cuenta de que esta vez era útil comprender, y en efecto, avanzó con sus dos caballeros, y ya no se alejó de su hija en todo el tiempo del paseo.

Carker, como ya entonces no tenía ocupada su atención, dióse á hablar de los cuadros, á elogiar las bellezas de los que á su parecer eran mejores, señalándoselos á mister Dombey, á quien hablaba con toda la deferencia y miramientos que su grandeza requería; rendíale homenaje, poniéndose los anteojos para servirle, ó buscando en su obsequio la página conveniente del catálogo, ó teniéndole el bastón ó de otras maneras semejantes. No siempre tomaba mister Carker la iniciativa de tales servicios: algunas veces mister Dombey hacia constar su condición de jefe,

diciendo, por ejemplo: «Aquí, Carker, haga usted el favor de ayudarme», cosa que el sonriente caballero hacia con el mayor agrado.

Dieron vuelta por los salones de pinturas, las murallas, los nidos de cuervo y todo lo demás de aquella antigua fortaleza. Como el comandante, ocupado en la penosa digestión, no estaba para hablar, Carker era quien sostenía el diálogo con unos y otros. Al principio entró en conversación con mistress Skewton; pero esta señora era tan extremadamente sensible y se extasiaba tanto al ver las obras de arte, que á los quince minutos ya no hacía más que bostezar (lo que, según ella explicó á Carker, era una peculiar manifestación suya de admiración ilimitada). Carker se volvió á mister Dombey. No contestaba éste más que con breves frases: «Es verdad», ó «Es muy cierto» ó «Tiene usted razón». En todo caso, estaba muy satisfecho mister Dombey de que Carker llevara el peso de la conversación, y pensaba, además, que aquellas explicaciones podrían distraer ó interesar á mistress Granger. En realidad, Carker era de una discreción exquisita, y no se permitía dirigir la palabra á mistress Granger de manera directa. Tampoco ésta daba señales de prestar atención á lo que aquél decía: una ó dos veces nada más, ante el tono de humildad afectada con que Carker dijo algunas cosas, Edith sonrió, aunque no de manera abierta, sino más bien con desagrado.

Agotado lo que había que ver en el castillo de Warwick, y todavía más agotadas las fuerzas del comandante Bagstock, sin contar el agotamiento de mistress Skewton, cuyas peculiares demostraciones de admiración adquirían proporciones alarmantes, dirigiéronse todos á la salida, requirieron el coche y

se fueron á recorrer los alrededores, donde había lindos puntos de vista. Con toda clase de ceremonias dijo mister Dombey que un diseño, un apunte, por breve que fuese, de aquellos parajes, trazado por la mano de mistress Granger, sería para él un valiosísimo recuerdo de tan agradabilísimo día, si bien (mister Dombey hizo una profunda reverencia) para recordar tan encantadora expedición no había menester de ningún testimonio tangible. El criado Withers, que tenía el álbum de Edith bajo el brazo, recibió de mistress Skewton la orden de acercarse. Edith tomó el álbum y se preparó á trazar el dibujo que mister Dombey iba á guardar como un tesoro.

— Temo causar á usted excesiva molestia — dijo mister Dombey.

— Ninguna — contestó Edith. Y volviéndose á Dombey, con su expresión de acostumbrada indiferencia, le preguntó: ¿Qué vista quiere usted que dibuje?

Mister Dombey hizo una reverencia con que crujió el almidón de su pechera y contestó que dejaba la elección al gusto del artista.

— Preferiría que eligiese usted mismo — dijo Edith.

— En este caso — observó mister Dombey — tome una vista de aquí mismo, ó bien... Diga usted Carker ¿qué le parece?

Á poca distancia había un banco semejante al de la alameda donde Carker vió, en su paseo matinal, á Edith sentada.

— Si mistress Granger me lo permite — dijo Carker — ¿no le agradaría un apunte de ese rincón, el banco entre los árboles frondosos?

Edith miró al lugar que señalaba Carker y en seguida puso en éste los ojos: era la segunda vez que

le dirigía la mirada desde el instante en que le había conocido.

— ¿Le gusta á usted? — preguntó Edith á mister Dombey.

— Muy lindo — dijo éste.

Se acercaron al indicado sitio, Edith abrió su álbum requirió los lápices y vió que no tenían punta.

— Están despuntados — dijo dándoles vuelta.

— Démelos usted — dijo Dombey — ó mejor, Carker podía afilarlos, puesto que entiende de estas cosas. Haga usted el favor, Carker, afile usted estos lápices.

Así lo hizo Carker sonriendo y tranquilamente. Cuando estuvieron prontos rogó á mistress Granger que le confiara este cuidado á medida que fuera necesitándolo. Permaneció al lado de la artista mientras dibujaba, siguiendo su trabajo, elogiando su manera de hacer, la seguridad en el dibujo de los árboles, su talento. Mister Dombey miraba también tieso como un muñeco. Cleopatra y el comandante sentados en el coche habían vuelto á sus acostumbradas bromas.

— ¿Le parece á usted bien así ó quiere que lo retoque un poco más? — dijo Edith á mister Dombey presentándole el dibujo hecho.

Dombey se apresuró á decir que no tocara más, que estaba perfectamente concluido.

— Es muy extraordinario — exclamó Carker dejando ver hasta las encías para dar más valor á sus palabras. — No estaba preparado para cosa de tal belleza y tan fuera de lo acostumbrado.

Este elogio podía dirigirse á la autora del dibujo más aún que al dibujo mismo; pero no; Carker era el candor personificado, el hombre más abierto — no sólo por lo que respecta á su boca, siempre abierta,

sino en lo concerniente á su espíritu. Así continuó mientras se empaquetaba el dibujo para mister Dombey y volvían todos á sus puestos. Carker, á caballo y escoltando el carruaje iba pensando que aquel insignificante dibujo había sido hecho y entregado como una mercancía de encargo. O tal vez discurría que á pesar del apresuramiento de la artista á complacer los deseos de Dombey se había visto en ella, en la altivez con que miraba los objetos representados, el semblante de una mujer comprometida en una miserable transacción. O tal vez pensaba no solamente en una de estas cosas sino en ambas; de todos modos, lo cierto es que sonreía y que no por mirar en derredor como si estuviera muy satisfecho del paseo y no por parecer distraído dejada de observar, de reojo, el carruaje.

Fueron á las frecuentadas ruinas de Kenilworth y recorrieron otros lugares de los más lindos en el campo. Mistress Skewton recordó á mister Dombey que Edith había dibujado muchos de aquellos sitios, según habría visto cuando examinó sus dibujos. Con esto terminaron la excursión de aquel día. Mistress Skewton y Edith tornaron á su alojamiento. Cleopatra invitó amablemente á Carker para que fuera un rato de tertulia, juntamente con mister Dombey y el comandante, después de comer; oirían un poco de música que tocaría Edith. Después se separaron yéndose al hotel mister Dombey, el comandante, y Carker.

La comida fué como la de la vispera, con la única diferencia de que el comandante se hallaba menos misterioso y más triunfante. Hubo nuevo brindis por Edith. Mister Dombey volvió á encontrarse agradablemente confuso y mistress Carker estuvo desbordando de interés y alabanzas.

Fuera de los tres invitados no hubo aquella noche tertulios en casa de mistress Skewton. Los dibujos de Edith abundaron algo más que de costumbre en el cuarto; Withers, el paje, sirvió el te un poco más cargado. Pero nada más. El arpa estaba allí en su sitio, el piano también. Edith tocó y cantó. Solamente que al tocar y cantar lo hizo Edith como si pagase un valor á la vista girado contra ella por su acreedor mister Dombey.

— Edith, hija mía — dijo mistress Skewton á la media hora de haber tomado el te — mister Dombey está deseoso de oírte, lo conozco.

— Mister Dombey está vivo, mamá, y puede hablar si quiere — contestó Edith.

— Se lo agradeceré muchísimo — dijo mister Dombey.

— ¿Qué desea usted?

— Piano — dijo con vacilación mister Dombey.

— Lo que usted prefiera; puede usted escoger.

En consecuencia, Edith tocó el piano. De igual manera tocó el arpa. De igual modo cantó. Lo mismo hizo en la elección de piezas que tocaba ó cantaba. Ni aquella frialdad, ni aquella obediencia forzada pasaron inadvertidas para Carker, aparentemente distraído en una partida de *picquet*. Tampoco dejó de advertir Carker que mister Dombey se envanecía de su poder y se complacía en ejercerlo.

A todo esto jugaba tan bien mister Carker unas partidas con Bagstock, otras con Cleopatra, que aún ganó más terreno en la estimación de la madre. Claro está que ésta no quitaba ojo de mister Dombey y Edith. Cuando Carker se despidió expresando su sentimiento de tenerse que marchar á Londres al día siguiente, Cleopatra le manifestó, en confianza, que

se encontraban muchos días tan agradables como éste y que tenía la esperanza de que volverían á verse.

— También yo lo espero — dijo Carker dirigiendo una mirada expresiva á la pareja y encaminándose á la puerta, con Bagstock.

Mister Dombey, que se había despedido ceremoniosamente de Edith, se inclinó, ó pareció que se inclinaba al acercarse, al lecho de Cleopatra, y en voz baja la dijo :

— He pedido á mistress Granger permiso para hablar con ella — de un asunto — mañana por la mañana, y me ha señalado la hora de las doce. ¿Podré contar, señora, con tener el honor de ver á usted después?

Tan emocionada quedó Cleopatra al escuchar estas palabras que no pudo hacer sino cerrar los ojos, mover la cabeza y dar á mister Dombey la mano. Mister Dombey, no sabiendo que hacer con aquella mano, la soltó al momento.

— ¡Vamos, Dombey! — exclamó desde la puerta el comandante. — ¡Por vida de...! dígole á usted que Pepe tiene intención de proponer un cambio de título del Royal Hotel y pedir que en lo sucesivo se llame de los « Tres alegres solterones » en honor nuestro.

Con esto dió el comandante una palmadita en la espalda de Dombey, lanzó una mirada á las señoras por encima del hombro, con peligro de descogotarse, y salió de la habitación con su amigo.

Mistres Skewton reposaba en su sofá. Edith permanecía sentada, junto al arpa, en silencio. La madre, jugueteando con su abanico, miró á la hija más de una vez, pero la hija, pensativa, no levantó los ojos, muda y sin alterarse.

En tal disposición estuvieron una hora larga, sin hablar, hasta que entró la doncella de místres Skewton para irla desnudando, como de costumbre. Aquella sirviente era la imagen de la muerte : no le faltaba más que la guadaña y el reloj de arena. A sus manos quedaba Cleopatra cambiada en esqueleto : la pintura caía, las formas se aplastaban, la cabellera desaparecía, las tupidas negras cejas se trocaban en cuatro pelos blancos, los sonrosados labios se hundían dentro de la boca, el cutis se tornaba cadavérico : una vieja decrepita aparecía en sustitución de Cleopatra, envuelta, como un lío de ropa sucia, en un camión de franela.

Hasta su voz estaba cambiada cuando, habiéndose quedado á solas con Edith, la dijo en tono amargo :

— ¿Por qué no me has dicho que te ha pedido cita para mañana?

— Porque lo sabe usted *madre* lo mismo que yo — contestó Edith.

Había en la expresión de esta palabra, *madre* un énfasis particular. Edith continuó :

— Bien sabe usted que este hombre me ha comprado ó me va á comprar mañana. Lo ha meditado bien, ha enseñado la mercancía á sus amigos, el negocio le cumple : mañana pondrá precio á mi mano. ¡Y pensar que he vivido para esto y que lo sé!

El rostro de Edith reveló cuanta indignación puede concentrarse en el corazón de una mujer ultrajada : entonces se tapó la cara con las manos.

— ¿Qué significa eso? — dijo su madre. — ¿No has tenido siempre, desde que eras niña...

— ¡Niña! — exclamó Edith. — ¿Acaso he sido niña? ¿Cuándo me ha dejado usted serlo? Siempre he sido mujer — artificiosa, astuta, mercenaria, engaña-

dora de los hombres — siempre he sido mujer; antes de conocerme á mí misma, antes de conocerla á usted, antes de darme cuenta de los propósitos miserables que á mi enseñanza presidían. Cuando nací era ya mujer. Véala usted : esta noche está en todo su esplendor.

Y diciendo esto se golpeó el seno como menospreciándose á sí misma.

— Míreme usted — añadió — á mí, que no he sabido nunca lo que es tener un corazón. Míreme usted, á mí, que supe trazar planes á la edad en que otras niñas juegan. Me casé siendo joven — mejor diría vieja — con un hombre á quien no quería, por quien sentía la mayor indiferencia. Vea usted la viuda que ha dejado, sin herencia de la grande fortuna de sus padres porque murió antes que ellos y porque él no tuvo hijos. Ha sido un castigo para usted; pero ¿ qué vida llevo yo hace diez años?

— Hemos hecho todos los esfuerzos posibles para establecerte — contestó la madre. — Esa ha sido tu vida. Ahora, en fin, ya lo hemos conseguido.

— No hay esclavo en mercado ni caballo en la feria más ofrecido, examinado y exhibido que lo he sido yo en estos diez años — exclamó Edith, con indignación. — Me han solicitado hombres de toda especie, locos, pródigos, jóvenes, viejos chochos : uno tras otro han acabado por renunciar al matrimonio, tan pronto como se enteraron de las intenciones de usted, del móvil á que usted obedecía : se han apartado de nosotras tan pronto como nos han conocido. No ha quedado en mi corazón la menor huella de respeto á mí misma. Menos aún, me desprecio. No me hable usted de infancia.

— Pero te has podido casar veinte veces, Edith, si

hubieras ayudado un poco á las circunstancias.

— No, mil veces no. El que me quiera me querrá como soy : como lo hace este hombre. No dirá que le engaño. Salgo á subasta; ha querido ver lo que valía, lo ha visto. No hay más que hacer. Él sabe lo que compra, él pondrá precio. Ojalá no se engañe. Por mi parte no he hecho valer la mercancía ni usted tampoco en cuanto he podido evitarlo.

— Estás hablando de una manera sumamente extraña esta noche — dijo la madre.

— Es verdad — dijo Edith — todavía es esto más extraño que lo es usted misma. Quiere decir que mi educación está perfeccionada. No hay en mi corazón germen alguno de bondad y de amor : no hay nada en mí que me defienda de mi propio desprecio. — Hubo en Edith una emoción muy triste; pero no duró más que un instante; al momento añadió : — como nuestra familia es de abolengo, pero pobre, yo tengo mucho gusto en traer á usted riquezas. He llevado á término feliz el propósito, pero siempre sin engañar á este hombre.

— A este hombre. ¡ Pero qué manera de hablar! — exclamó la madre — cualquiera diría que le odias.

— ¡ Pensará usted que puedo quererle! — contestó Edith en el momento de cruzar la habitación y mirando en torno. — ¿ Quiere usted saberlo? — añadió Edith fijando la mirada en su madre. — Pues hay una persona que nos conoce ya, á fondo; que lee nuestros pensamientos y en cuya presencia me turbo porque me humilla la idea de que me conoce.

— Eso tiene todas las apariencias de un ataque á un hombre inofensivo — repuso la madre — á ese pobre... ¿ cómo se llama?... Mister Carker. Por fortuna, tu falta de propio respeto, tu imprudencia

ante esa persona (muy agradable, no digo lo contrario) no tendrán consecuencias en lo que toca á tu establecimiento. ¿ Por qué me miras de ese modo? ¿ Estás mala?

Edith se había llevado nerviosamente las manos á la cara : un gran temblor movió sus brazos, pero aquel movimiento febril duró nada más que un instante. Al salir de la habitación tenía su serenidad acostumbrada.

La doncella, á quien ya hemos visto actuando de muerte, reapareció; dió el brazo á su ama, que al parecer había perdido sus energías con el despojo de sus gracias y que con el camisón de franela parecía haberse revestido de parálisis. La doncella recogió aquellos restos de Cleopatra y los depositó en la alcoba para que descansaran hasta la resurrección del día siguiente.

CAPÍTULO XXVIII

NOVEDADES

— Ha llegado el día, Susana — dijo Florencia á la excelente Nipper — de que nos volvamos á nuestra sosegada casa.

Susana tomó aliento con una expresión que no es fácil de describir y después de dar relieve á sus pensamientos con una tosecita contestó :

— Muy sosegada, nuestra casa, señorita; hasta excesivamente.

— Cuando yo era niña — dijo Florencia preocupada y luego de pensar un momento — ¿ te acuerdas de que viniera á verme alguna vez ese señor que se presenta ahora á caballo? Tres veces ha venido ya en estos días... tres veces, me parece.

— Tres veces, señorita. La primera cuando estaba usted paseándose con los Sket...

Florencia la miró y comprendiendo la mirada, Susana corrigió su expresión diciendo :

— Con sir Barnet y su señora y su hijo. Y después ha venido por la tarde dos veces.

— Dime, Susana — volvió á preguntar Florencia — ¿ te acuerdas de haber visto en casa, cuando yo era niña, á ese caballero entre las visitas de papá?